

NOTA PARA LA LECTURA

Estratos es una obra de ficción compuesta por cuatro libros. Se trata de un intento de escritura novelesca de la realidad en el siglo XXI, una realidad de la hibridación general donde lo real se ramifica en una serie de fases intermedias: ficciones-verdaderas, *real-fictions*, ficciones-documentales, realidades alteradas, virtuales, degradadas y fabricadas; una realidad de la reproducción, del *ersatz* y de la duplicación donde los seres humanos entran a su vez en una era de la fábrica; donde lo industrial & lo natural se mezclan. La unidad de los *Estratos* remite a la arqueología: es una excavación novelesca donde cada libro cava en la ficción precedente para hallar no la imagen primera y originaria, sino el vértigo de una historia que esconde otra historia como las muñecas rusas; es una deconstrucción que produce una ficción y que reclama a su vez una destrucción. Este libro es la primera capa de una sedimentación novelesca: un péplum o un *blockbuster*, que habrá que rajar de libro en libro. Incluso, hablando sin miedo, saquearlo.

*A los exiliados, a los desplazados,
a las hijas y a los hijos de la hibridación y del artificio,
a los habitantes de este mundo sin ultratierra, paródico y cruel,
a mis niños, para que sepan encontrar en él trampillas,
agujeros y brechas de esperanza y de inventos.*

PERO ANTES... ¡LECTORES!

Imagínense el decorado de un mundo a unos cuantos kilómetros de Dallas, en el desierto de Gobi, en Nuevo México, en las grandes estepas chinas, en Siberia o en el lugar de los antiguos gulags. Y en ese mundo, no saben si son espectadores, figurantes o autores, espect-actores o act-autores, verdugos o víctimas, consentidores o consentidos, pero, en cualquier caso, están emocionados, muy emocionados. Y tienen miedo, porque temen que esta reproducción, como la Historia en su totalidad, los absorba y sorprenda a cada uno de ustedes, de repente, una mañana cualquiera.

¡Tuuuurrrfff!
¡La Historia!

¿Quiénes están metidos en esta reproducción de los *Estratos*? Unos comediantes, tal vez. ¿Serán gente como ustedes o como yo? Más bien son marionetas que creen ser libres porque tiran de los hilos de sus propias piernas. ¿Y qué más hay? Hay máquinas y engranajes, chorreantes de aceite de lenguas y programados para ficciones que fueron concebidas y elaboradas en otro lugar, en torno a una mesa, entre dos máquinas de café, un pasillo, una garrafa de agua mineral y una sala de reuniones estándar, pero ¿quién programa? Es la cadena ininterrumpida de la Dra-

maturgia, los obreros especializados del Guión, *the story-taylors*: son sastres de historias pagados por horas, por minutos o a destajo, para que el libro entre en la era maquinaria –¡Oh, *modern times!*–, mediante racionalizaciones del suspense, de la intriga y de todas nuestras sensaciones. Es la *story-taylorización*, escrita así, en recuerdo de Taylor, el bueno del señor Taylor de las fábricas Ford, ¿se acuerdan? *Elijan el color de su coche, ¡siempre y cuando sea negro! ¡Venga! ¡Elijan! ¡Y escriban también! ¡Escriban! ¡Más rápido!*

Pero, ¿a qué se dedican esas máquinas-personajes en *Estratos*? ¿Funcionan por repetición? ¿Por rodamiento? Mírenlas, ahí mismo, ahora, están saludando, aunque nos cuesta saber su nombre. Desde que hemos sido expulsados, nosotros, que somos desechos y esperanza, fetos y porvenir, lloricas y señores, expulsados del comienzo del cuello del útero de nuestras madres naturales –todavía naturales, pero ¿por cuánto tiempo?–, conocemos estas máquinas transformadas. Los personajes ahora han cambiado de piel. Y esta segunda piel, para nuestra mayor sorpresa, ha comenzado a sangrar hasta el punto de que nos hemos olvidado de la primera. Pero, vamos a ver, ¿a qué se parecen estas máquinas de los *Estratos*?

¡Máquinas-personajes! ¿Quiénes sois?

Respondo por ellas, por ahora, porque no hablan. Todavía no hablan. Tenemos pues a ЛУК: Leopold William Kacew, el silencioso –van ustedes a conocerlo muy pronto–. Y a su hermana Adia, la misteriosa: a ella

Pero antes... ¡lectores!

la descubrirán más tarde. «Dino», como también lo llaman, LWK, y su hermana Adia. Los exiliados, los migrantes del péplum. Forman la fraternidad de los *Estratos*, la mentira-verdad de los orígenes: dos caras de una misma moneda, conforme a la figura mítica de los gemelos, monstruo y ángel. Pero ¿se reduce todo sin más a ese tópico de péplum? ¿El hermano hoy es aún el hermano, y la hermana, su hermana? ¿De dónde vienen, de qué país? La tierra que los ha visto nacer, ¿era un espejismo, una reconstitución? Pronto lo sabrán.

Sin embargo, y tal y como se delataban —*traición, traición!*— las intrigas de complots nihilistas en la Europa desaparecida, el despertar será duro. Cuando finalmente comprendan, ¡oh, lectores!, será demasiado tarde: lo falso será tomado por verdadero.

Pero antes —*prima, prima!*—, como arqueólogos, tendremos que cavar. Nosotros, es decir, mis manos, la industria de mis dedos, *Fingers & Sons...* Y mientras que otros seguirán recorriendo la Tierra a pie, en la superficie, nosotros atravesaremos las costras sedimentadas del artificio: las profundidades de las imágenes, de los sonidos, de los gestos y de las palabras que, entre tantos archivos y programas, han sustituido a nuestras primeras sensaciones. Y mientras vayamos avanzando, con una lámpara colgada en la frente, tosiendo más y más, y echando pestes como espeleólogos en esta galería medieval de pantallas que van a dar a otras pantallas, nos cruzaremos con una joven: *Boudoir*. Será para nosotros, los ulises inmóviles, como la pelota de Penélope: una boba, una enamora-

da. *Boudoir* aparecerá y desaparecerá en *Estrato I*, *Estrato II*, *Estrato III* y *Estrato IV*. ¡Cuatro libros! ¡Ya me entienden! Es más que tres, esa cifra santa y mágica de la ficción americana a la que, por supuesto, he querido responder, ataque contra ataque, en tanto que europeo. Es decir: en tanto que perdedor. Para decir a qué se parece *el mundo* desde nuestro punto de vista incierto y hechizado. Y por tanto *Boudoir* primero será la musa, y luego la actriz trágica. Cuanto más cavemos para conocer su historia, más nos sentiremos como cucarachas en tiempos del Diluvio.

Es decir, poca cosa.

Pero créanme, lectores, al final de estas excavaciones, ¡serán más videntes! En estos *Estratos*, serán como el cernícalo que, por el ojo de buey del Arca, sale volando, y como él, silbaremos: «No veo nada, ¡no hay Tierra, no queda Tierra!». Lo que descubrirán no será diferente ni estará alejado de sus vidas y ciudades. No, no habrán viajado. Se habrán quedado perfectamente estáticos, sentados en el interior mullido de su salón, o sea, asomados a los puentes que encabalgan los ríos de sus llantos. Estarán delante del gran sauce que domina las colinas de los campos vecinos. Y sin embargo, *ustedes no habrán viajado*. Simplemente pasará esto: las cosas, los seres y el decorado de sus vidas habrán cambiado tanto que se habrán convertido en extranjeros.

Todos nosotros: ¡extranjeros! E-inmigrantes inertes, obesos y anémicos.

Y lo que verán entonces, lectores, serán esos países que pasan a la velocidad de los clips. *¡Bum, bum!*

Pero antes... ¡lectores!

El largo desfile en el que serán a veces el errante, a veces el indígena, a veces el clandestino, y a veces el mueble de la abuela.

¿Conocen Dubái? ¿Y París's? ¿París's?

Debemos ahora bucear en el decorado de las ciudades. ¿Conocen Dubái? ¿Y la nueva Las Vegas? ¿Conocen los parques naturales de la India donde los tigres se preguntan, antes de desaparecer, si su agonía no sirve, en el fondo, para crear un clímax, un desenlace? ¿Han visto Shangái y esas calles *igualitas* que las de Londres donde los autobuses son rojos, de dos pisos? Para acoger esa psicodelia del mundo donde las ciudades enteras se importan, se exportan, donde la mismísima Tierra sale volando para cambiar de aires, tendríamos que escribir una invocación a Walter Benjamin. ¡Que vuelva! Que aparezca como un mago de un halo de humos y que nos diga, como brujo que es: ¿cómo no caer en la melancolía? *Soft-feelings globalizados, ¡puajjj!* ¿Cómo no echar de menos los tiempos maravillosos del aura, de lo sagrado y de lo auténtico? Por eso, a él, a Benjamin, el único que esperó que una liberación naciese con el desdoblamiento de nuestros seres, de nuestras vidas, le dirigimos este rezo:

*Copista Nuestro que estás en los cielos,
Santificado sea tu reino,
Hágase tu reproductibilidad
Así en la tierra como en el cielo.*

En época de monstruos y catástrofes

El designio de cada día dánoslo hoy

Y perdona nuestra nostalgia

Así como nosotros perdonamos...

Porque, en verdad, buceamos. Nos sumergimos. Lo falso ya no es un instante de lo verdadero, es su conquista. ¿Y dónde estamos entonces? *Where are we? Dove? Wo sind wir? In welche lingua?* Lectores, autores, exiliados, deportados, apátridas y revueltos, entre estratos, precisamente, estratos de historias y vidas que creen que son la realidad, estratos de gestos y emociones que creemos que encarnamos: estratos de ficciones que, finalmente, van a dar al vacío.

¡Contemplad las ciudades psicodélicas! Dije eso, pero podía haber dicho: *Contemplad a esos jóvenes y a nuestros ancianos, sus metamorfosis.* Tienen los rostros del porvenir. Y en el espejo no se ven sus muecas de niños, sino otra cosa, más monstruosa, que ya no les pertenece. Otra cosa que se ha insinuado en los pliegues del cuerpo, para moldearlos: tal vez series de televisión, clips e imágenes tan interiorizadas, que al final se fusionan con la existencia que remedan. Y cuando se miran los unos a los otros, ¿qué ven?

Un apunte final...

Ahora el libro va a rajarse. Van ustedes a leer, o más bien, a entrar *En época de monstruos y catástrofes*, primer tomo del libro de los *Estratos*. Entren, se lo ruego, como en un mundo aumentado. Contemplan

Pero antes... ¡lectores!

las palabras y las cosas que lo pueblan como un *ersatz* barroco y patético de la fase en la que estamos, del porvenir en el que vivimos. Y esas pequeñas marionetas, las máquinas-personajes de los *Estratos*, obsérvenlas con compasión: son como ustedes o como yo, intentan encontrar a cualquier precio una segunda piel. Unos ojos, una boca y un rostro.

Entonces, por última vez, ¡venga! Permítanme, lectores, que hable con ellas. Que les diga, sí, vosotros, pequeños personajes míos: *Mirad, en los periódicos y en la televisión, ¡con qué violencia se impone nuestra dramaturgia humana! Guerra, terror, miedos, cálculos y probabilidades. Mirad el balbuceo mediático que contamina el espíritu y el cuerpo. Fijaos con qué encarnizamiento intentan convenceros de que la realidad está hecha así. Es una furia de palabras, de imágenes y de sonidos que nos pone de rodillas. Nos pegan, nos pegan cada día, y cada vez que intentamos levantar cabeza, recomienza la paliza. Tal vez se trate de un bombardeo donde el cerebro humano se parece al Dresde de posguerra o al gueto de Varsovia. Somos los judíos, los afganos de un siglo mental e hiperbólico. ¡El XXI! Se nos apunta desde las alturas del cielo, sin discernimiento. Y no quedan de las ciudades en nuestras cabezas más que muñones de ciudades. ¡Para eso os he creado, miniaturas mías! Para que el relato de la Historia que transcurre, su Totalidad, su Desmesura y su Catástrofe nos pertenezcan de nuevo. Para que nunca más nos supere su Complejidad hasta el punto de reducirnos a trozos de huesos y de carnes esparcidas. Tal vez gracias a vosotros, cientos,*

En época de monstruos y catástrofes

miles de hombres y mujeres lograrán comprender esta farsa macabra en la que nos ha tocado vivir. Para eso os he concebido. Me gustaría simplemente no haber mentido.

C'To.